

Testimonio sin complejos

Francisco Vázquez y Vázquez

Embajador de España y alcalde que fue de La Coruña

En la vida de toda persona siempre existen una causa y un origen que explican las pautas de su conducta y la razón de sus propias convicciones. En el terreno de la fe este axioma se manifiesta de una forma tan diversa e incluso contradictoria como lo son las relaciones con Dios, que pueden llegar a ser la más gratificante o la más dolorosa de nuestras experiencias vitales.

En mi caso, el origen de mi condición de católico es muy sencillo. Nací y fui educado en el seno de una familia de muy firmes convicciones religiosas, donde, sirva como ejemplo, se practicaba el rezo diario del Rosario en familia. La asistencia a las ceremonias religiosas de Navidad y Semana Santa, así como a la misa dominical, se hacía siempre en familia.

Esta fuerte religiosidad no era incompatible con la existencia en mi lugar de un clima liberal donde se

fomentaba la lectura y se inculcaban los valores democráticos frente al totalitarismo imperante.

Mis estudios los cursé durante once años en el colegio que los Hermanos Maristas tenían en La Coruña. Guardo un recuerdo gratísimo e imborrable de mis profesores y del talante abierto y tolerante que me infundieron en aquellos años oscuros de la España de mi infancia, posiblemente gracias al origen francés de su carisma.

Este escenario explica perfectamente el origen que no podía ser otro que el nacido del testimonio del ejemplo contemplado y también el adquirido a través de las enseñanzas recibidas y en el ambiente generado por la práctica religiosa. Una fe enriquecida por el código de honor que me inculcó mi padre y la sensibilidad antes las desigualdades e injusticias que me supo transmitir mi madre.

El origen define el principio, pero no garantiza ni la continuidad ni la inalterabilidad del compromiso vital construido en torno a un pensamiento inculcado, emocional que, en gran medida, no debe constituirse en el único armazón intelectual sobre el que construir nuestras respuestas éticas o establecer nuestro deber ante las situaciones injustas.

Por razón de ello siempre es necesario buscar la causa, vinculada o no al origen, porque además de la emoción nos aportará la razón, formando ambos conceptos el ensamblaje perfecto que da firmeza a nuestra fe y nos permite en nuestra conducta, privada o pública, ser coherentes con nuestras creencias.

Fijado el origen, la causa coincide con los acontecimientos que estos últimos meses hemos conmemorado, como son el cincuenta aniversario del inicio del Concilio Vaticano II y también la publicación de la Encíclica *Pacem in terris*, un auténtico documento revolucionario y cuasi subversivo en la España de los años sesenta.

Estos acontecimientos vinculados a la figura del Papa Juan XXIII, coincidieron con mis estudios de Preuniversitario, último curso de mi etapa colegial, y el inicio posterior de mi formación universitaria.

Concilio y Encíclica fueron una auténtica conmoción para muchos jóvenes de aquella época, cuya educación y formación no se limitaba a la enseñanza que se impartía en las aulas, sino que, como en mi caso, se complementaba con una catequesis de alto compromiso social que algunos alumnos ejercíamos desde nuestra militancia en Acción Católica, lo que nos permitía participar y colaborar en las actividades de las parroquias de los barrios más deprimidos de la ciudad.

Por aquellos días los vínculos entre los colegios religiosos y las parroquias eran muy fuertes y a través de la Acción Católica se canalizaban las actividades no sólo estrictamente religiosas, sino también las culturales, sociales y lúdicas de los jóvenes que desde la fe buscaban ser conscientes con sus creencias y consiguientemente con las exigencias de su conciencia.

Todos aquellos movimientos en los que participábamos como eran cursillos de cristiandad, pastoral de emigrantes, cine club, etc., tomaron otra dimensión con el Concilio. Nuestra espiritualidad se desbordó superando el mero sentimiento de piedad y devoción. La Iglesia alzaba su voz a favor de los oprimidos y marginados, erigiéndose en defensora de las libertades y de los derechos humanos. La caridad se impregnó de solidaridad.

Testimonio sin complejos

Para muchos el paso siguiente estaba cantando. La fe se manifestaba también en el compromiso político para construir una sociedad justa y libre. No siempre resultó fácil mantener la coherencia debida y exigible entre la conciencia y el ejercicios de la política, pero posiblemente nunca como en los últimos años se ha conculcado la objeción de conciencia, sobre todo en sectores desideologizados de una izquierda empeñada en recu-

perar un anticristianismo decimonónico.

He querido, a propósito, darle un tono muy personal al presente artículo, buscando que desde su extrapolación sirva para mejor comprender las raíces religiosas en su origen y en sus causas de parte de una generación que protagonizó la transición política y la construcción del régimen constitucional que disfrutamos. ■